

lucionarios. Hombres contemplativos, descastados por un concepto libresco de la vida, se avenían a ser simples colaboradores literarios de empresas donde los imbéciles ocupaban la vanguardia directora. La nueva juventud continental, orientada por una visión realista de problemas y de hombres, consciente de su fuerza y de su destino, segura de sí misma, piensa y actúa en otra forma. Los revolucionarios jóvenes han dado ya de escobazos a los indolentes que forman en sus filas y está dispuesta a demostrar—y lo está demostrando ya—que es tan apta y tan capacitada para enfrentarse a un problema social como para guiar hombres a la protesta armada. El mito de los «guapos» quedará destruido esta vez.

Esta noticia urgida, escrita como periodista, acerca de la personalidad de Estrella Ureña está descarnada de todo propósito sectarista. En mis andanzas de desterrado viví durante algunos meses en Santo Domingo, donde me vinculé estrechamente con sus hombres de vanguardia y me puse en contacto con sus problemas vitales. La hospitalidad ancha que me dió esa tierra se la devuelvo en desinteresada preocupación por su vida social. Eso es todo. Hablo de hechos y de hombres con la perspectiva de la distancia, que me sitúa por encima de rencillas domésticas. A través de mi ideología tamizo los acontecimientos. Seguro —eso sí— de que si los líderes de la insurrección dominicana, en el ejercicio del poder, llegaran a traicionar su plataforma de hoy, los combatiría con la misma aspereza que me merecieron Horacio Vásquez y su gobierno.—R Ó M U L O B E T A N C O U R T.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Marcel Proust y Alexandre Arnoux

HE aquí dos grandes espectadores al acecho! Ante el inmenso y variado panorama de la vida, se han instalado a contemplarla para describirla, el uno con lente de microscopio, el otro con lente de telescopio; aquél contando el tiempo con el segundero del reloj, éste haciendo de los años minutos. . . . Y mientras Marcel Proust (psicólogo, analista) pega su fino oído sobre el pecho de un hombre particularizado para anotar con sutileza indecible los

latidos de su corazón, Arnoux, metafísico, espíritu sintético, inclina el suyo sobre el abismo del universo y sobre «el hombre» contándonos, maravillosamente embriagado, la resonancia del mundo.

Como el problema de la materia en movimiento, en lo infinitamente pequeño como en lo infinitamente grande, obedece a las mismas leyes, se han visto ambos obligados a salirse de las antiguas perspectivas, midiendo sus visiones a través de una nueva dimensión: el tiempo. Así va el primero «A la recherche du temps perdu» y se siente, el segundo, con su «Grimaud Vanvole», «Maître du temps».

Hay secretos de universo en el alma de Alexandre Arnoux cual si por un privilegio especial ella hubiese flotado en el éter durante los seis días de la creación. El espíritu de Proust debió también curiosear por sobre el hombro de la divinidad, pero principalmente cuando ella manejaba la arcilla destinada a Adán...

Proust es un observador y construye con su memoria. Arnoux es un intuitivo e imagina. Este con un símbolo nos hace palpar una verdad; aquél demuestra minuciosamente su anatomía en el laboratorio de la inteligencia.

Es curioso comparar cómo estos autores cuyos estilos son lo opuesto, están obsesionados por las mismas ideas generales: el concepto del tiempo, las leyes del atavismo, la disociación de la personalidad, el subjetivismo del amor, etc. Expresan continuamente ideas semejantes, comparaciones nuevas que les son comunes. Por ejemplo: la vidriera de una tienda hace recordar a Arnoux (en *Metro*) un acuario; y Proust evoca igualmente un acuario al contemplar en un palco del teatro un grupo de gente. Es verdad que el primero habla aquí como pintor impresionista, mientras el segundo lo hace como un naturalista que compara especies.

Para Proust, la mujer de un solo amor (una Albertina), se vuelve fugaz, cambiante, imposible de coger por causa de esa ley de continua multiplicación de una individualidad portadora de la muchedumbre de sus atavismos.

Las mujeres de varios amores (la niña del campo, la mujer del cinema, la prostituta, etc.) se convierten, para Arnoux, en «la mujer». Como se ve, estos dos espectadores destruyen, con procedimientos inversos, la realidad del amor, su objetividad para convencernos que sólo se tiene «la sed de amor» y que es ésta la que crea el espejismo de «la mujer amada».

Grandes poetas los dos, son igualmente grandes estilistas. ¡Pero qué lenguas más opuestas!: por todo lo que se extiende

Proust, Arnoux se condensa: sugiere donde el otro explica. ¡Qué vocabulario más distinto también! Mas aquí sucede al revés: es Arnoux quien se excede en el número de palabras (usa con verdadero rebuscamiento los términos correspondientes a cada objeto, propios de cada profesión, etc.). Es imposible leerlo sin estar abriendo continuamente el diccionario. En cambio con Proust, si bien nos hace trabajar para comprender su pensamiento, qué fáciles nos resultan sus palabras. Son las más usuales siempre. Proust me parece en este sentido superior. Ha elegido la mejor parte. El escollo de Arnoux es, tal vez, este excesivo rebuscamiento de términos. Pinta nombrando directamente las cosas; Proust explicándolas.

Para dar una impresión sobre sus respectivas «maneras» sólo podría decir que Proust me hace el efecto de un pintor que hubiese adquirido el arte de descomponer los colores y sus matices conocidos, multiplicándolos al infinito. Un color no es nunca tal para él: es una posibilidad de innumerables transiciones y nunca se sabría asegurar cuando empieza y cuando termina.

Arnoux es un pintor que, mediante una química imaginaria, ha producido con el tiempo y el espacio nuevos cuerpos de colores que realizan también la óptica de una cuarta dimensión.
—MAGDALENA PETIT. ✓

Nota.—En este artículo me refiero principalmente al primer cuento de Arnoux en *Ecoute s'il pleut*: «Grimaud Vanvole, maître du temps».

Noche californiana

LA noche que llegué a Stanford se celebró una fiesta española al aire libre, bajo el firmamento y sin más artificio que el de los reflectores eléctricos que suplían a la luna cuando ésta, rebelde al programa, se hacía esperar o se ocultaba inoportunamente detrás de las gasas de un cielo profundo, inmenso, tranquilo. Más de un millar de invitados habían acudido al llamado de la Universidad. El tazón iluminado de la fuente derramaba cristales rumorosos, deshechos e indefinidamente renovados; en derredor, las arcadas castizas fingían ancha plaza; no bastaban los bancos profusa-